V domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C
Monseñor Juan de Dios Hernández Ruíz, SJ, obispo de Pinar del Río, Cuba

Queridos hijos e hijas, soy Mons. Juan de Dios Hernández Ruiz, Obispo de esta diócesis y me dirijo a ustedes como pastor y guía espiritual de todos.

En el relato que acabamos de escuchar correspondiente a este quinto domingo del tiempo ordinario, cuando Jesús está predicando en el puerto de Cafarnaúm, se toma la confianza de subirse a la barca de Simón, e incluso le pide que deje lo que tiene entre manos (estaba lavando las redes), y la separe un poco de la orilla. Simón estaba cansado y desanimado porque, después de una noche de duro trabajo, no había pescado nada, pero lo hace sin quejarse.
Cuando Jesús termina de hablar, todavía le pide algo más, muy exigente en esas circunstancias: "Rema mar adentro, y echa tus redes para la pesca". También ahora Simón obedece, sin ganas, y comprueba asombrado que sus pobres redes se llenan con una cantidad enorme de peces. ¡Cuántas veces sucede lo mismo en nuestra vida, cuando escuchamos lo que Jesús nos dice, y lo hacemos!

La escena es muy actual. También ahora, sin dar mayor importancia al cansancio y a la aparente infecundidad del esfuerzo de los suyos, Jesús repite a cada cristiano la misma petición: ¡mar adentro! "También hoy le dice a la Iglesia que formamos todos que se adentren en el mar de la historia y echen las redes, para conquistar a los hombres para el Evangelio, para Dios, para Cristo, para la vida verdadera".

"Esta es la lógica que guía la misión de Jesús y la misión de la Iglesia: ir a buscar, "pescar" a los hombres y las mujeres […] para restituir a todos la plena dignidad y libertad, mediante el perdón de los pecados. Esto es lo esencial del cristianismo: difundir el amor regenerante y gratuito de Dios, con actitud de acogida y de misericordia hacia todos, para que cada uno pueda encontrar la ternura de Dios y tener plenitud de vida".

Jesús prepara poco a poco a Simón para la llamada. Sobre la base de una amistad que construye día a día, pone a prueba su generosidad, y su amigo va comprobando con los hechos que, al final, el Señor es más generoso, y da mucho más de lo que pide. Al arrastrar las redes repletas de peces, queda asombrado y sobrecogido. Reconoce el poder de Dios, que actúa a través de la palabra de Jesús, y este encuentro directo con el Dios vivo, que es capaz de realizar tal prodigio valiéndose de lo poco que puede aportar un pobre hombre, le impresiona profundamente.

Simón tiene miedo, pero Jesús le quita dramatismo a la situación, lo invita a una gran aventura, y le pide una entrega total, un seguimiento sin condiciones. La respuesta de Simón y de los que estaban con él no se hizo esperar: dejadas todas las cosas, le siguieron. "Antes de ser apóstol, pescador. Después de apóstol, pescador. La misma profesión que antes, después. ¿Qué cambia entonces? Cambia

que en el alma — porque en ella ha entrado Cristo, como subió a la barca de Pedro — se presentan horizontes más amplios, más ambición de servicio".

Lo que sucedió con aquellos hombres es algo singular pero muy representativo de la llamada que Dios hace a cada uno, con particular claridad en algunos momentos de la vida, para que descubra aquello para lo que ha sido hecho y en donde encontrará la felicidad. La vocación es una llamada divina. Nosotros no la diseñamos, sino que la descubrimos cuando damos una respuesta positiva a la propuesta que el Señor nos hace.

La experiencia de las propias limitaciones y de la personal debilidad no es obstáculo alguno. Simón Pedro era consciente de todo eso y, a pesar del miedo inicial, no dudó en seguir a Jesús. También ahora, como sucedió con él, la fuerza de Dios suple nuestras pobres condiciones, siempre que confiemos en el poder de su misericordia y en la acción de la gracia divina que nos transforma y renueva.

Pido para todos que Jesús nos acompañe en nuestro cansancio y en el desaliento. Que nos ayude a encontrar la fuerza, la confianza y la creatividad necesarias para "remar mar adentro", para poner atención a sus palabras y seguir echando nuestras redes.

Que María de la Caridad nos alcance de su Hijo la capacidad de ser humildes y generosos para compartir nuestra misión con todas las personas que comparten el mar de nuestra vida.